



SOBRE LA PASIÓN VIVIDA EN LA VIDA RELIGIOSA

Madre María Eugenia, 5 de abril de 1875 (5)

Mis queridas hermanas,

No puedo hablaros esta semana de otra cosa que no sea sobre la Pasión de nuestro Señor, pues es lo que ocupará vuestras almas. Por lo tanto, trataremos de entrar en el misterio de los sufrimientos de Jesucristo. En primer lugar, os diré que la vida religiosa debe ser una "explicación" (6) de la Pasión de nuestro Señor; "explicación" es la palabra correcta, pues cada una de nosotras debe terminar, realizar en sí misma lo que la Pasión de Cristo comenzó allí. La vida religiosa reproduce realmente los rasgos principales de la Pasión de nuestro Señor; si cada una de nosotras se deja hacer, si cada una de nosotras deja que Dios actúe en ella, encontrará ciertamente que debe pasar por los dolores interiores, a menudo los más dolorosos, por las cruces de todo tipo, y también por los sufrimientos del cuerpo. Para no extenderme demasiado, reduciré a tres puntos principales lo que quiero contaros sobre esta actualización de la Pasión en nuestra vida religiosa. La Pasión de nuestro Señor puede reproducirse en nosotras a través de la entrega, la obediencia y la generosidad en la oración.

En primer lugar, en la dedicación. Nuestra vida, hermanas mías, es sobre todo una vida de verdadera dedicación: entrega a los niños a todo momento, en todo momento, sin descanso, para corregirles de sus defectos, para exhortarles, para reprenderles, para animarles.

Una educación apenas se termina, y hay que comenzar nuevamente con otro que viene aún más difícil, y este trabajo debe empezar de nuevo; entregarnos por sus almas, y también para darles conocimientos. Y no hay que pensar que las hermanas de coro que dan las clases son las únicas que participan en esta labor de dedicación; todas participamos en ella, la hermana cocinera, la encargada de la limpieza, la de la ropa blanca, etc., todas participan en el trabajo común.

También he dicho que vivimos dentro de nosotras la Pasión a través de la obediencia.

La obediencia es la principal virtud religiosa, por lo que ya has intentado comprender todo el alcance de la obediencia de nuestro Señor en su Pasión. Obedece al último de los verdugos sin ninguna resistencia; uno le coge la mano para clavarle un clavo, se la da; uno le dice que adelante los pies, lo hace, no rechaza nada de lo que se le pide. Y nosotras, hermanas,

¿cómo es nuestra obediencia? ¿Nos damos lo suficiente, nos sacrificamos lo suficiente para no rechazar nada, para no retrasarnos nunca? ¿Qué es lo que entregas por entero para no reservarse absolutamente nada, para haber dejado de lado, no sólo cualquier preocupación por s tu salud, sino para estar por encima de todo lo que le toca, para no buscar nunca más que los intereses de Dios, su voluntad, sin hacer ningún caso del resto? Porque, hermanas mías, debemos dejar que se cumpla en nosotras la voluntad de Dios si queremos, como dice San Pablo, completar en nosotras lo que falta a la Pasión de nuestro Señor Jesucristo (7). Debemos obedecer la voluntad de Dios en todas las cosas, no sólo por la obediencia externa, sino por su voluntad respecto a su obra particular en cada uno de nosotras: no debemos permitir que la obra de Dios perezca en nosotros. Para ello, debemos amar: el amor soporta, el amor ayuda. Para poder amar, debemos rezar.

Esto me lleva al tercer punto que quería tratar: la generosidad en la oración. Hace tiempo pregunté a un sacerdote por qué una persona que conocía había perdido la gracia de su estado y había dado un gran escándalo. Este sacerdote me contestó lo siguiente, que me parece muy profundo: "Ah, es porque no quiso aceptar el yugo de Jesucristo, y especialmente el yugo de la oración. "Debemos, hermanas mías, aceptar el yugo de Jesucristo, es decir, su voluntad especial con cada una de nosotras con respecto a nuestra vida interior. Si el Señor quiere que pasemos por tentaciones, penas interiores, arideces, debemos entregarnos. Rezar cuando no sentimos nada es muy duro, cuando no podemos sentir ningún afecto, cuando no podemos más que recoger nuestro espíritu; debemos saber aceptar este sufrimiento. Siempre nos gustaría tener una oración fácil, pero ¿cuál fue la oración de nuestro Señor en el Huerto de los Olivos? Una oración dolorosa, una oración acompañada de los mayores sufrimientos interiores, el hastío, la repugnancia, el horror de su Pasión; y de nuevo, a qué se parecía esa oración, a la que pronuncia en la Cruz, cuando, reducido a la última angustia, grita: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (8) Ese fue el grito supremo de la desolación. Si Dios quiere conducirnos a través de la desolación y el abandono, debemos aceptarlo. Tenemos un modelo: la vida de la Virgen es el modelo de la nuestra. Tomemos este o aquel acontecimiento de su vida, no hay ninguno en el que no se muestre como nuestro modelo. Para la oración, la Santísima Virgen era infinitamente superior a Santa Teresa o a tal o cual gran santa; pero para la generosidad en el sufrimiento, ¿quién puede enseñarte mejor que la Santísima Virgen, sobre todo si la miras al pie de la Cruz y en el día siguiente a la muerte de nuestro Señor? Sólo la Santísima Virgen creía, sólo la Santísima Virgen esperaba la resurrección de nuestro Señor. Pero, ¿crees que su oración fue para sentirse consolada? Si avanzamos tan poco, es muy a menudo porque no sabemos aceptar estas penas en la oración. A menudo me dicen: "Estoy haciendo un esfuerzo". Sí, hermanas, espero que os esforcéis, pero un día avanzáis y el otro retrocedéis; os detenéis ante lo que os cuesta, y así apenas avanzáis. Para avanzar de verdad, no hay que calcular.

5 Capítulo realizado en Lyon, de regreso a Auteuil, el martes Santo.

6 "Explicación": según la etimología, "ex-plicare" = deshacer los pliegues, desplegar, desarrollar.

7 Véase Col 1, 24.

8. Mt 27,46 y Sal 21,2.